

LA EXPANSION NORTEAMERICANA EN AFRICA

De aguda justeza al referirse a la política fernandina, la definición de Ortega y Gasset de que «las grandes naciones no se han hecho desde dentro, sino desde fuera», suscita una duda si pretendemos utilizarla en el intento de excluir o incluir a Estados Unidos entre las naciones auténticamente grandes, siempre y cuando, naturalmente, que no confundamos la grandeza tomada en un sentido histórico con el potencial económico. En efecto, desde los albores de esta nación, la trayectoria de la política americana aparece tan vinculada a la preocupación de asegurar la libertad de su comercio exterior, que no es fácil empeño determinar si ha sido lo exterior, es decir, la meta que desde fuera ha imantado el esfuerzo interior, el que ha influido en la conducta de este país, o bien si ha sido el planteamiento del problema interno de una nación ex colonial el que la ha constreñido desde dentro a realizar una política internacional confundida con una política económica proyectada hacia el exterior.

En realidad, la verdadera adhesión de los Estados Unidos a la política mundial coincide con su afirmación en cuanto nación económicamente poderosa —lo cual es, en parte, un motivo interno—, momento correspondiente a la primera guerra mundial, en que Estados Unidos, de deudores de Europa en 1914, se convierten en acreedores del Viejo Continente desangrado por la lucha (1), hecho éste que no es sino la evolución favorecida por circunstancias ajenas de un proceso en que se confunden lo político y lo económico, y cuya constante es la salvaguardia del comercio exterior, condición *sine qua non* de la vida del país. Así, a raíz de la proclamación de su independencia, una de las primeras manifestaciones internacionales del recién creado Estado fué el intento de asegurarse la libertad de comercio en el Mediterráneo, de suerte que esta pre-

(1) La posición deudora de los Estados Unidos en julio de 1914 era de 3.686 millones de dólares. Su posición acreedora era aproximadamente de 2.971 millones de dólares en diciembre de 1919, aparte 9.591 millones de dólares de deudas intergubernamentales, sea un total de 12.562 millones de dólares. CLARA LEWIS: *America's Stake in International Investments*.

ocupación de economía doméstica se vinculó a los primeros y muy modestos contactos internacionales y particularmente africanos.

Resumiendo las diversas fases del esfuerzo estadounidense para lograr el objetivo señalado en el exterior —especie de dogma americano—, citaremos, inmediatamente después de conseguida la independencia que privó a los Estados Unidos del apoyo de la flota británica, el fracaso de las gestiones iniciadas en Trípoli para establecer un tratado de «amistad y comercio»; el logro, merced a la amistosa intervención de España, demasiado olvidada cuando se trata de la ayuda recibida por los Estados Unidos nacientes, de un tratado con Marruecos que reguló las relaciones con el Imperio Cherifiano hasta 1836; la firma, después de promulgada la Constitución americana, de un tratado de «amistad y comercio» con Argelia (1795), Trípoli (1796) y Túnez (1797). Pese a las seguridades que implicaban estos tratados, los Estados Unidos se vieron forzados a declarar la guerra al Pachá de Trípoli en razón de su actitud inamistosa, conflicto zanjado por las armas y concluido muy favorablemente para los Estados Unidos por un tratado de paz firmado en 1805. Asimismo, los Estados Unidos declararon la guerra al Bey de Argelia en marzo de 1815. La sangre no llegó al río, pues en junio del mismo año se firmó un tratado de paz.

Este es el marco en que había de desarrollarse el comercio de reducido volumen y la política exterior de cortos alcances de los Estados Unidos en el África del Norte, hasta que las potencias occidentales iniciaron la colonización de esta zona mediterránea, donde una controversia europea principió en torno a la cuestión marroquí que la Conferencia de Madrid de 1880 se proponía zanjar. Merced a la oposición española e inglesa a los propósitos intervencionistas de Francia y Alemania, dicha Conferencia logró el *statu quo*, o sea la confirmación del régimen de Capitulaciones ya existente y la concesión del título de «nación más favorecida» a todas las potencias signatarias, incluidos los Estados Unidos, que asistieron a la Conferencia, y que no gozaban de este título. El Senado ratificó la Convención, que a nada comprometía, pero «esta participación activa brinda un interés particular; representaba una de las primeras intromisiones de los Estados Unidos en los asuntos de un país donde no tenían sino pocos o nulos intereses políticos o comerciales» (2). Pero lo demás ofrecía a los Estados Unidos la posibilidad de tomar parte en otras conferencias de este tipo, como sucedió con la Conferencia de Algeciras. La Convención firmada en 7 de abril de 1906 por las restantes potencias signatarias, sólo lo fué por los Estados Unidos con notables reservas, todas ellas destinadas a salvaguardar, por una parte, la posición lograda en Marruecos, y por otra, a alejarse de toda complicación derivada de una acción europea de la que Washington, en aquella época,

(2) FRANCO ARESE: *La politique africaine des Etats-Unis*, Neuchâtel, 1945.

quería permanecer al margen por orientarse su política exterior hacia otros horizontes, política acentuada al sustituir Taft a Roosevelt en la Presidencia. La *dollar diplomacy*, característica del período presidencial de Taft (1909-1913), se ejerció con particular actividad en el Lejano Oriente con diversas expresiones, entre las que señalamos en particular la defensa de la Open Door en China. Ello explica, por tanto, que los Estados Unidos se inhibieran de las sucesivas crisis marroquíes, que culminaron con el establecimiento del Protectorado franco-español, así como la total indiferencia manifestada en ocasión de la guerra de Italia con Turquía para la posesión de Tripolitania, postura mantenida sin interrupción hasta la segunda guerra mundial en cuanto al Norte de África o antigua Berbería se refiere.

Hasta la Conferencia de Berlín (1884), África Negra permaneció al margen de las preocupaciones directas de los Estados Unidos, salvo en la reducida área de Liberia, donde se pretendió hallar una solución al problema interno de la esclavitud existente en la Federación. Es decir, que la actividad americana en la región subsahariana estaba condicionada por motivos estrictamente internos, cuya raíz tenía un ambiguo carácter filantrópico y práctico en un cuadro geográfico bien definido. En lo que atañe a Europa, hasta la exploración de Stanley, que dió lugar a la exploración de la cuenca del Congo, tampoco el tema de África Negra estuvo incluido en el programa de sus preocupaciones vitales, aun cuando a las naciones europeas, en la curva ascendente de su potencia económica, no se les ocultaron las posibilidades del futuro que brindaba (3). La auténtica preocupación, y, de consiguiente, la pugna, coincide con el pleno desarrollo económico de Europa.

Invitados los Estados Unidos a la Conferencia de Berlín, su embajador en Alemania asiste a la misma: pero la firma del Acta de 26 de febrero de 1885 no fué aprobada por su país, si bien se admitió el reconocimiento de la Asociación del Congo — meollo de la Conferencia—, lo que implicaba el libre ejercicio del comercio americano en el territorio congolés, situación que se mantuvo hasta su anexión por Bélgica (1908). Con motivo de la guerra anglo-bóer, contrariamente a la excitación de las potencias europeas contra Inglaterra, que llegó a poner la paz en peligro, los Estados Unidos se mantuvieron neutrales. La razón de tal actitud no se ha de buscar en una anglofilia sentimental, sino en el hecho de que el afán de América por ensanchar el mercado practicando una *large policy*, discurría por cauces que alejaban notablemente a los Estados Unidos de un continente donde Europa —entonces más poderosa económicamente que el Nuevo Mundo— se le había adelantado. Sin embargo, el tremendo desarrollo industrial que se inició en los Estados Unidos

(3) Senegal, Sudán, Rhodesia, Kenya, Níger, etc., fueron territorios intervenidos por Francia e Inglaterra con anterioridad a la Conferencia de Berlín.

como consecuencia de la estructura económica establecida después de la guerra de Secesión, empezó a diseñar la preocupación de un mercado interno saturado, problema agravado por la capacidad productora de la nueva generación y la técnica más perfeccionada, que no cesaría de acentuar el desequilibrio entre la producción y el consumo. Por ello no astutos ni grandiosos promotores de una auténtica política de imperio, sino mercaderes, *business leaders*, atentos a situar sus géneros en el exterior bajo la presión inequívoca de la realidad interna, se nos aparecen los prohombres de la generación americana de expansión de 1898: los Theodore Roosevelt, Henry Cabot Lodge, Mogan y los dictadores de la prensa sensacionalista William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer. Considerada desde este ángulo, la guerra con España, provocada en Cuba en nombre de la doctrina de Monroe y en defensa de la libertad ultrajada, se reduce a un rodeo —nada baladí en el orden económico y estratégico— para alcanzar Filipinas, «vestíbulo del fabuloso comercio de Oriente», que brindaba formidables perspectivas de porvenir para un pueblo donde la competencia industrial se basaba en el nacionalismo capitalista», según palabras de Samuel F. Bemis.

Como ya se ha señalado, la primera guerra mundial modificó tan considerablemente el cuadro del desarrollo económico y financiero de los Estados Unidos, que forzosamente el hecho repercutió en las modalidades de su política exterior, definida con bastante claridad por el Presidente Wilson, que trazó un programa en sus famosos catorce puntos. En lo que atañe al mundo colonial, donde se planteaba el problema de las antiguas posesiones alemanas en Africa en particular, el Presidente Wilson pretendió esbozar un sistema económicosocial que permaneciera al margen de la intervención política. La oposición del Senado a la ratificación del Tratado de Versalles y la derrota de Wilson en las elecciones dieron al traste con su proyecto, torpedeado, por otra parte, por la adopción del sistema de mandatos. No obstante, los Estados Unidos, en su calidad de aliados, solicitaron y consiguieron en los territorios de mandato el privilegio de la igualdad de trato con las naciones mandatarias, como ya lo habían conseguido en Marruecos, en tanto que se esforzaban por lograr la aplicación del principio de «puerta abierta» para todos los países en todas las posesiones coloniales. En este cuadro general habían de desarrollarse las relaciones de los Estados Unidos y Africa, hasta que la segunda guerra mundial los condujo a reconsiderarlas y enfocarlas en adelante desde un punto de vista que más que nuevo era la simple adaptación de una constante de su política exterior a la situación planteada en el mundo durante y después del conflicto armado. Pero hasta tanto puede decirse en síntesis que los Estados Unidos carecieron de una política típicamente africana, aun cuando como resultado de los esfuerzos señalados desde 1914 a 1939 el volumen de intercambios con el vecino continente fuera aumentado paulatinamente y que resultara ascendente la

curva de las inversiones americanas, en esa etapa limitadas a África del Sur y Rhodesia, pero en tan modestas proporciones que hasta 1936 sólo representaron el 2 por 100 de la totalidad del capital invertido en África (4).

Entre las múltiples consecuencias que la segunda guerra mundial acarreó para la postura de los Estados Unidos, hay que señalar la revisión de su política en lo que respecta concretamente a África, al extremo de que aparentemente nos hallamos ante una nueva concepción de la actividad estadounidense. Decimos aparentemente, porque en realidad los principios que informan esta actitud siguen siendo en parte los que han dominado la política internacional de Washington, o sea una actividad política exterior basada en el comercio, según señalaba el Presidente Washington en 1796: «El gran principio de nuestra conducta respecto a las naciones extranjeras consiste en ampliar nuestras relaciones comerciales con estos países, aun teniendo con ellos el menor número posible de relaciones políticas.»

La segunda guerra mundial había de dar al traste con ese principio tradicionalmente mantenido del aislacionismo, pues la derrota de Francia y la precaria situación de la Gran Bretaña en 1940 hicieron ver a Washington el peligro que se entrañaba el hecho de desentenderse de Europa y de sus querellas frente al arrollador avance de las fuerzas del Eje. La necesidad de una revisión de la política exterior se impuso entonces y se llevó a cabo.

La inclusión de un programa político referido a África en las preocupaciones americanas tiene por punto de partida el Tratado firmado con Liberia en 31 de marzo de 1942, tratado dominado por inquietudes de tipo estratégico, ya que se preveía el establecimiento de bases en ese país considerado como eventual cabeza de puente para reconquistar el África mediatizada por el Eje. El desarrollo posterior de la guerra apartó todo peligro de un ataque de los Estados Unidos por las fuerzas germano-italianas, pero la intervención americana en África estaba establecida y afianzada como un hecho que en adelante no cesaría de incrementarse en otros planos que el estratégico inicial. La utilidad de fomentar la red de comunicaciones aparece como una primera modalidad de la penetración americana en África, pues una buena red de comunicaciones tiene un indiscutible valor para multiplicar las transacciones comerciales. Esta primera etapa estuvo complementada por el establecimiento de bases aéreas, de las cuales la principal, fué desde un punto de vista comercial, la de Monrovia, cuya construcción se había iniciado en 1939. Si a este hecho se agrega la crisis sufrida por la aviación civil aliada durante la

(4) S. HERBERT FRANKEL: *Capital Investment in Africa*. Oxford, 1942.

guerra, se explica el desarrollo de la aviación civil americana y la defensa por parte de Washington del principio de la libertad de los aires, que ha llevado a decir que la supremacía de los aires de los Estados Unidos ha sustituido a la supremacía inglesa de los mares.

Finalmente, el conflicto armado, con la pérdida para Europa de amplias áreas asiáticas, construyó a las potencias aliadas a fomentar a marchas forzadas la explotación de África para suministrarse en materias primas de vital importancia y difícil obtención. La ayuda americana en este aspecto fué decisiva merced al envío de equipos técnicos y material adecuado, y también de inversiones que no son por supuesto fórmula nueva en la política estadounidense ni exclusivamente aplicada a África bajo la presión de los acontecimientos bélicos. Se calcula que de 1919 a 1931 alrededor de 3.500 millones de dólares de inversiones directas fueron efectuadas en el extranjero por grandes empresas americanas bajo forma de filiales, sociedades americanas organizadas para operar en el exterior y participaciones en empresas nacionales (5). En 1948, la masa de capital invertido en el extranjero alcanzaba unos 17.000 millones de dólares, de los cuales un 32 por 100 correspondía a valores extranjeros controlados por americanos y un 68 por 100 a inversiones directas, correspondiendo a África, en 1950, 2.500 millones de dólares del total citado (6).

El Plan Marshall, que a la par que salvaba a Europa de un síncope por debilidad económica salvaba a los Estados Unidos de un ataque de apoplejía provocado por un exceso de riqueza y producción sin mercados donde situarse, incluyó ya decididamente a África en las áreas de interés americano, pues es de observar que la E. C. A., más conocida por el Plan Marshall, consideraba los territorios africanos como complementos naturales de la reorganización económica de Europa. Tan fué así que formó parte del programa de saneamiento económico con idénticos o casi idénticos títulos que los países metropolitanos. Por ello, los acuerdos bilaterales firmados con las potencias metropolitanas para asegurar a los Estados Unidos el suministro de productos raros y minerales de interés estratégico, no constituyen apéndices del Plan Marshall, sino simples complementos del mismo. Por otra parte, la atención prestada por los Estados Unidos a la economía africana se pone particularmente de manifiesto al considerar los vastos programas de posguerra relativos al desarrollo de las áreas económicamente atrasadas. Tomando por base el valor del dólar antes de las devaluaciones de 1949, el total previsto para el plan ascendía a 7.000 millones de dólares, de los cuales el 35 por 100 correspondía al África del Norte y zona mediterránea (7), y el 38 por

(5) *The United States and the World Economy.*

(6) LOTIS FRANCK: *Histoire Economique et Sociales des Etats-Unis.* París, 1952.

(7) A 31 de diciembre de 1951, el importe de la ayuda con cargo al Plan Marshall para la sola Argelia alcanzaba cerca de 30.000 millones de francos franceses. *Les Etudes Américaines*, Cahier XXXIII, París, 1952.

100 a los territorios subsaharianos, repartiéndose estas cantidades en la siguiente forma :

- 41 por 100, transportes, comunicaciones, ferrocarriles.
- 28 por 100, agricultura.
- 12 por 100, fuentes de energía.
- 8 por 100, higiene y salud públicas.
- 4 por 100, industrial.
- 7 por 100, explotaciones mineras.

Como se echa de ver, las cifras relativas a la industria y explotaciones mineras resultan reducidas por comparación con las primeras, ya que al parecer ha de corresponder a la inversión privada la resolución de estos dos aspectos del problema global. De hecho, el deseo del Gobierno Truman de fomentar la inversión directa quedó claramente señalado en el Punto IV con el propósito de que al finalizar el Plan Marshall fueran sustituidos por capitales privados americanos. A este respecto recordaremos que fué intención del Gobierno demócrata modificar la legislación americana relativa a los impuestos sobre la renta, con el fin de animar la exportación de capitales. En tanto la inversión privada llegara a ser una fuente de financiación de los planes de desarrollo económico de África, el fondo destinado al equipamiento y explotación de los territorios ultramarinos ascendía en 1951 a más de 65 millones de dólares, y era establecido según un sistema de préstamos para el desarrollo de las minas de interés estratégico, obsesiva preocupación americana, y el envío de técnicos a los territorios ultramarinos.

Pretender enumerar las múltiples realizaciones llevadas a cabo o en vía de serlo en África merced al apoyo americano, rebasaría el cuadro de este modesto examen de un hecho cuyas derivaciones han de tener trascendental importancia para Europa. Nos limitaremos, por tanto, a señalar los estudios efectuados para enlazar los ferrocarriles del Este africano con Rhodesia, la contribución americana al desarrollo de puertos, tales como el de Abidjan (Costa de Marfil) y Beira (Mozambique), única salida al mar de Rhodesia; las investigaciones mineras en gran escala de Rhodesia, Kenya, Marruecos, Liberia, el Gabón, etc.; la construcción por técnicos especialistas de la American Industrial Development Engineering de fábricas en África del Sur, África Oriental inglesa, Marruecos, etc. Las cifras de las relaciones comerciales con África reflejan, además, una curva netamente ascendente desde la primera guerra mundial, pasando las exportaciones americanas de 82 millones de dólares (promedio 1915-20) a más de 530 millones de dólares en 1951 (el 1.2 por 100 y el 3.9 por 100 del comercio total de exportación), mientras que las importaciones de productos de África arrojan las siguientes cifras: 91 millones de dólares (promedio 1915-20) y 588 millones de dólares en 1951 (2.7 y 5.4 por 100 del total de importaciones).

La forma eficiente, aunque no estrepitosa, de la penetración que Estados Unidos realizan en África, ligada en un principio a preocupaciones estratégicas y bélicas y, posteriormente, a sus amplios planes de reorganización económica pensados a la escala mundial, no ha dejado de tener derivaciones políticas, cuyo primeros síntomas se acusaron durante la guerra como inmediata consecuencia de la propaganda en torno a la tesis americana de que la victoria aliada había de acarrear la abolición de todo colonismo, siendo sustituido éste por una comunidad internacional, una especie de Commonwealth de tipo internacional, es decir, establecido a esa escala mundial que ha sido la ambiciosa medida que ha servido de base a los Estados Unidos para sus planes posbélicos. El giro favorable que fué tomando la guerra para los aliados, una vez asegurado el concurso americano, insufló alientos a Gran Bretaña para hacer saber a sus aliados, por boca de Mr. Churchill, que no estaba dispuesta a proceder a la liquidación de su Imperio, mientras que algún sector de la opinión inglesa representado en los Comunes aventuraba en 1942 la posibilidad de una coordinación de las actividades coloniales de las potencias políticamente vinculadas a África, sean las potencias europeas, incluidos los países ibéricos. Sin embargo, estas reacciones británicas homologadas por Francia, dispuestas a defender sus territorios ultramarinos en el cuadro de una Unión Francesa creada ante el peligro de ser tachada de «colonista», no han podido impedir un hecho que desde un punto de vista europeo se presenta como una paradoja, a saber: que los Estados Unidos poseen intereses económicos semejantes a los de las diversas metrópolis en territorios donde carecen de toda soberanía y acción política, siendo el factor de su presencia influente en cuanto a las cotizaciones de la producción, que casi monopolizan para sus necesidades, de un suelo y un subsuelo donde jurídicamente no significan nada (8). Esta situación ha creado en las mentes africanas un clima que no ha escapado a la perspicacia de americano tan calificado como Mr. McGhee para opinar acerca de las áreas de economía atrasada, que escribió sobre el particular: «Nuestro programa del E. C. A. es un importante motivo de suspensión, tanto considerándolo en sí como en sus aplicaciones a los territorios ultramarinos de las potencias europeas, pues es tenido por un pretexto para fortalecer o prolongar la dominación de esos territorios africanos por las potencias europeas», añadiendo más adelante: «Estados Unidos quieren salvaguardar sus derechos a un trato económico idéntico en los territorios africanos, y particular y financieramente al desarrollo de este gran Continente *junto a las demás naciones del mundo*» (9).

(8) «El 90 por 100 del aceite de palma que se consume en el espacio norteamericano procede de África. Si el sisal africano, los suministros americanos de cordón se venían reducidos al menos en un 25 por 100. El cacao, las especias, la lana, tienen importancia manifiesta para el mercado de los Estados Unidos.» L. LENTGAR: *Cuadernos de Estudios Africanos*, núm. 22.

(9) GEORGES MCGHEE: *The interest of United States in Africa*. «The Department of State Bulletin», núm. 572, 19 de junio de 1950.

No entraremos aquí a glosar la contradicción en que incurren los ideales anticolonialistas americanos al implicar la casi totalidad de África en el programa del E. C. A., como indicaba Mr. McGhee. Sólo existe tal contradicción al situarse en un plano airiano de comprensión de la cuestión, que no es el objetivo que perseguimos. Desde un punto de vista europeo, la cuestión queda centrada en el propósito americano de desarrollar económicamente África «junto a las demás naciones del mundo», mejor dicho, junto a las naciones europeas que persiguen la utilización y explotación de las riquezas de los territorios de economía atrasada. Esta es la meta por alcanzar, respecto a la cual no cabe decir que se notan divergencias entre Viejo y Nuevo Mundo. Donde la divergencia resulta sensible es en los métodos; más aún, en los principios que inspiran estos métodos. Tal sucede principalmente porque es distinto el momento histórico en que la preocupación por los territorios africanos ha hecho su aparición en uno y otro Continente y distintas las estructuras de ambos. Por ello, no es de extrañar que los Estados Unidos rechacen con santo horror la dominación política y la administración directa del colonialismo europeo, inspirado en el pensamiento romano a este respecto, pues la expansión americana prescinde de estas dos rémoras para centrarse casi exclusivamente en una economía no ya pensada a la escala nacional — como la europea hasta nuestros días —, sino mundial, como la marxista, y partiendo del principio de que una auténtica dirección de los pueblos no se realiza en el plazo de lo político, sino de lo económico.

El caso de la República de Liberia, fundada en 1847 con la ayuda americana, ilustra de modo concreto unos conceptos que tienden a sustituir la abominable fórmula europea de la colonia por el protectorado económico. La forma más conocida de la vinculación de Liberia a los Estados Unidos es la concesión de la Firestone, válida hasta 2025, que ocupa con sus 410.000 hectáreas una parte respetable de las tierras aprovechables de un país de 110.000 kilómetros cuadrados. Por lo demás, Firestone absorbe 25.000 trabajadores de una población de 2.000.000 de habitantes, en parte sin europeizar; posee una red de carreteras privadas casi tan extensa como la red nacional, y en 1950 exportó caucho por un valor de 15 millones de dólares, del total de exportaciones de 17 millones de dólares de un país cuyo presupuesto en ese mismo año ascendía a 4.500.000 dólares. O sea, que Firestone aparece como un islote rico en un país pobre, aunque políticamente libre, como la Quinta Avenida junto a Harlem y sus libres moradores. Esta organización que gravita sobre la vida del país se completa con la fundación, en 1947, de la Liberian Company, que si bien actualmente se ocupa casi exclusivamente del cacao, puede extender sus actividades a otras ramas de producción. Dicha compañía centraliza la compra, el tratamiento y la exportación del cacao, no sólo producido en las 1.500 hectáreas de sus explotaciones, sino en las 8.000 hectáreas de las exportaciones de los naturales del país, a los que asesora,

aconseja y dirige en cuanto a métodos de cultivo y selección de un producto cuya venta está prácticamente monopolizada por la Liberian Company. La Convención relativa al puerto de Monrovia, válida hasta 2025, pero cuyas cláusulas son tan flexibles que la menor mejora del mismo acarrea su prórroga, está también prácticamente en manos americanas, ya que su explotación ha sido confiada a una Compañía dirigida por un americano y con un Consejo de Directores de los cuales sólo uno es liberiano (10). Por otra parte, las tarifas de dicho puerto no pueden ser modificadas, ni variadas las modalidades de explotación del mismo sin previo acuerdo entre el Gobierno liberiano y el de Estados Unidos. Este puerto se desarrolla en particular en función de unas exportaciones canalizadas hacia Norteamérica, y de la explotación de las minas de hierro de Bomi, que por cierto han sido objeto de negociaciones recientes con el Gobierno de Liberia, que ha otorgado una nueva concesión. Finalmente, el *Mutual Agreement* de marzo de 1942, completado por el de junio de 1943, entrega a los Estados Unidos la construcción y explotación del aeródromo de Monrovia, de enorme importancia dentro del plan perseguido y logrado por los Estados Unidos de supremacía de los aires. Luego, en materia política y de administración interior, los Estados Unidos pueden decir sin mentir que los liberianos hacen lo que mejor les place, puesto que son libres, una vez que en materia de tan vital importancia para la vida de una nación como es la economía, están adecuadamente sujetos por una serie de contratos precisos y eficaces.

Europa, o al menos esa porción del Viejo Continente que han dado en llamar Europa, no ha dejado de ir reaccionando ante esa nueva modalidad de penetración que, extendida a todo el continente y sumada a los movimientos nacionalistas autóctonos, tendería a arrojarla⁴ de la posición que ocupa en África. En efecto, en sesión del Consejo de Estrasburgo de otoño de 1952, se aprobó un proyecto de establecimiento de control de los recursos ultramarinos por los Estados europeos representados en el citado Consejo, al mismo tiempo que se llevaría una acción conjunta para poner en valor los territorios dependientes de África. Según este plan, los países miembros del Consejo, todo el Imperio inglés y las posesiones coloniales, habían de formar un consorcio económico en que todos los miembros se hallarían en igualdad de condiciones. La precaución de proteger esta organización con una barrera aduanera común, en tanto que dentro del sistema serían anuladas las medidas restrictivas impuestas a la importación, a la exportación y otras disposiciones de este tipo, diseñó el propósito de perfilar una infraestructura geoeconómica euroafricana susceptible de ser factor de equilibrio entre América y Asia, que dan de formar los tres sistemas geopolíticos del futuro» (11).

(10) G. GAYET: *Evolution économique récente du Libéria*. «Bulletin de l'Académie des Sciences Coloniales», tomo XII, págs. 373-384, París, 1952.

(11) BARCELONÉ MOSTAZA: *Discurso sobre la continentalización de Euroáfrica*. «Cuadernos de Estudios Africanos», núm. 13, págs. 9-26, 1951.

La preocupación de considerar a África como un complemento vital para Europa y a ambos Continentes como una unidad de destino entre los dos colosos en pugna, implica de consiguiente la voluntad de poner coto a una injerencia financiera, económica y comercial americana que circunscribe el Viejo Continente a unos límites geográficos de angosto vivir y desequilibra la convivencia mundial, al mismo tiempo que se intenta un esbozo de orden económico y social en el marco de un mercado más extenso que el del carbón y el acero.

Al menos a plazo breve no aparece muy realizable este proyecto; en primer lugar, por estar planteado en Estrasburgo el problema de Europa en términos de «Europa regional» (12); en segundo lugar, por la resistencia de Gran Bretaña a extender a toda Europa su sistema de preferencia imperial, y, finalmente, por la oposición de amplios e influyentes sectores franceses a aceptar el hecho de que encastillarse en nacionalismos históricamente rebasados entraña la inexorable consunción de este conjunto que es Europa, o sea el auténtico Occidente. Estas posturas subjetivamente defendibles, objetivamente revelan una lamentable carencia de voluntad de proyección hacia el futuro y un cerrarse de banda a una insoslayable realidad que ningún Gobierno o grupo con responsabilidad puede ignorar en lo que respecta a los Estados Unidos: que su política exterior y su diplomacia están determinadas, hoy como ayer y siempre con vista al mañana, por imperativos de orden económico. En el caso concreto de África, esta modalidad de la política exterior se conjuga con la ideología anticolonialista, haciendo hincapié en hechos innegables de deficiente desarrollo de los países coloniales, y ello en todos los aspectos. Pero la preocupación fundamental de los grandes grupos financieros americanos no es aumentar la civilización y el bienestar de un mundo negro sólo soportable considerándolo en abstracto y como argumento de tesis oficiales y de campañas de prensa. Este resultado aparece para los Estados Unidos como una mera consecuencia lógica de su preocupación por abastecerse en materias primas, de las que absorbe la mitad de las producidas en el mundo, aun cuando su población sólo alcanza el 7 por 100 de la población total del globo. Por otra parte, se calcula que, de seguir el ritmo de crecimiento de los Estados Unidos, dentro de veinticinco años sus necesidades se duplicarán, o sea que absorberían la totalidad de las materias primas producidas actualmente (13). De ahí que los Estados Unidos, acuciados por sus problemas internos, se vean llevados a intervenir en todas las zonas productoras de materias primas que aún quedan a su alcance, una vez perdidas vastas áreas del Asia oriental, entre las cuales hay que colocar en primer término a Afri-

(12) Sobre el extremo de la unidad de Europa ver el artículo de BARTOLOMÉ MOSAZA: *La Europa regional de Estrasburgo y la verdadera Europa continental*. POLÍTICA INTERNACIONAL, núm. 12, octubre-diciembre 1952.

(13) Datos de *La Revue de Défense Nationale*, febrero de 1953, París.

ca explotada primordialmente con vistas al provecho inmediato y no en función de un plan total y sistemático de revalorización a plazo lejano, tan beneficioso para África misma como lo sería para la Europa empobrecida y rota que ha resultado de las dos guerras mundiales, si lo pudiera aplicar. Por ello, la idea del Consejo de Estrasburgo aparece como un esbozo de lo que se debería intentar con vistas a crear una organización eficaz para el equilibrio mundial y como una prueba de la voluntad de vivir europea. Pero antes de poder formular propósitos viables de organización euroafricana, el Consejo de Estrasburgo, de acuerdo con las reglas de una lógica que fué una característica del espíritu occidental, tendría que escaparse del círculo de su europeísmo regional, de sus nacionalismos con sabores de provincianismos y ver con amplitud, es decir, no subjetivamente y en función de intereses y opiniones en sí respetables, pero suicidas desde el punto de vista colectivo. Quizá sea esto esperar la solución exacta de un problema falsado en su planteamiento por el empeño de considerarlos desde planos ideológicos, por nacionalismos de vía estrecha o por el miedo a apostar decididamente algo en una partida en que se está jugando sencillamente el ser o el no ser de Europa, no ya la encanijada de Estrasburgo, sino la real que es al margen y por encima de la cautela, del egoísmo asfixiante y de la debilidad mental.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA.

5